

Álvaro Enrigue

Decencia



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

*Este libro fue escrito con el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
y la Fundación Rockefeller.*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «Ojos de María», fotograma de *Enamorada*, 1946,
Gabriel Figueroa

Primera edición: febrero 2011

© Álvaro Enrigue, 2011
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7223-1
Depósito Legal: B. 835-2011

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

A Valeria

Me basta ver un pájaro a lo lejos
para hacerlo caer envuelto en llamas.

EDUARDO LIZALDE

LA FLACA OSORIO tenía los ojos hondos, tristes y ase-
millados; la voz grave, un poco nasal por el acento aman-
rado que se copió de las niñas ricas de la ciudad de México,
y una conversación aguda y volátil que había ido fraguando
en las farras internacionales a las que había asistido con su
hermana mayor, actriz de cine. Lo más visible de su cara era
una nariz al mismo tiempo redonda y respingada, toda carác-
ter. Tenía los huesos fuertes guardados bajo una piel mate que
le quedaba a la medida. Olía a panadería, sobre todo debajo
del lóbulo de las orejas y —¿dírelo?— entre los pechos. Era alta
y delgada, aunque en el mundo de famélicas en el que las
taradas de mis hijas están criando a las nietas la hubieran
considerado repuesta. Tenía la boca acanelada y en punta,
casi una trompa, y en ella se gestaba una saliva fresca y fina,
con un discreto dejo picante. La rosa entre sus piernas sabía
francamente a pimienta. Era dueña de una espalda acerada
en cuyo centro derrotaba la nave de una mancha de Bering;
el cordón de sus vértebras descendía sin exabruptos hasta
unas nalgas altas y fuertes. Tenía un solo defecto: estaba casa-
da con el teniente coronel David Ignacio Jaramillo, mi clien-
te, compadre, amigo y protector. La llamábamos la Flaca por

oposición a la legendaria distribución de lípidos de su hermana, Reina Osorio, que se había ganado fama de mulata porque saltó a la pantalla de rumbera, envuelta en holanes.

Las Osorio eran de La Resolana, un caserío ardiente montado en el dobladillo de las faldas de la Sierra Madre Occidental, casi en la costa. Cuando las conocí, en un carnaval en el que yo todavía era niño y ellas unas señoritas, aún se llamaban María de la Concepción y Helena.

Volví a encontrar a la Flaca una tarde luminosa en la casa de Guadalajara del teniente coronel; estábamos por empezar con el negocio del tequila reposado. Tomaba el fresco en el corredor con el dueño de la casa cuando ella salió. Llevaba las manos nervudas ocupadas por una charola que sostenía tres vasos. Me saludó como si nos hubiéramos visto el día anterior y puso su cargamento en la mesa de centro, frente a los equipales en los que nos encontrábamos sentados. Tomó vaso por vaso y los llenó del agua que goteaba en una jarra desde un filtro de piedra volcánica estacionado en el mismo corredor. Lo recuerdo como si hubiera sucedido hoy en la mañana: la falda verde oscura dejó desprotegido un tramo de su pantorrilla cuando se agachó por la jarra, luego se dio la media vuelta y, sonriendo como si lo que hacía fuera divertido, sacudió un poco los hombros y se inclinó a servir los vasos, sus clavículas como una promesa.

El teniente coronel y yo nos quedamos callados viéndola servir —no hablábamos mucho de por sí—, él con serenidad de pastor ante la oveja perfecta que dudaba haberse merecido en la tómbola de la vida y yo asombrado por que la nieta de rancheros italianos que había conocido de niño se hubiera transformado en esa suma de emblecos y perfecciones.

Primero le sirvió a él, con una reverencia más bien burlesca, luego me tendió mi vaso sonriendo con picardía y dijo: Dichosos los ojos, Longinos, siquiera levántate a salu-

darme; o es que ya no te acuerdas de mí. El brillo de sus dientes bajo unos labios más oscuros de lo normal me puso los nervios en jaque: no supe si levantarme, tomar el vaso, arreglarme la corbata, quitarme el sombrero o librar la mesa para poder hacer lo que me pedía. Traté de hacerlo todo al mismo tiempo y el sombrero se me fue de las manos. Cayó sobre la mesita de centro, que empujé con las rodillas al tratar de recogerlo; el vaso que iba a ser para ella se estrelló en el suelo. Miró a su marido y con un gesto de las cejas le dijo: Qué amiguitos, teniente coronel, qué amiguitos. Y luego dirigiéndose de vuelta a mí, con verdadera ternura: Siéntese, Longinos, yo lo decía nomás por decir algo; ahorita mando que barran aquí y vengo a hacer la visita; de todos modos me faltaba el vaso de Reina, que ya no ha de tardar. ¿Reina?, pregunté. María de la Concepción —me explicó— se puso un mote artístico desde que se fue a México para volverse actriz. Claro, le dije, recordando que había escuchado decir a mis hermanas que el nombre de guerra se lo había ganado batallando un burdel de cinco estrellas que tenía prestigio de trampolín para las carpas de vodevil.

Decir que María de la Concepción se ganó su seudónimo trabajando la cama suena a denuncia hoy en día, pero las cosas eran distintas por entonces: lo que rifaba no eran los valores de monjas, herederos y viudas de estos años desventurados en que la gente está obligada a tener abogado y dentista. Por entonces nadie se escandalizaba con nada y nadie quería rascar en el pasado reciente de los otros porque desde que se vio que la Revolución iba a triunfar todos le caímos al botín con distintos grados de arrojo. El millón de muertos de la guerra ni trajo la justicia de todos tan temida ni salvó a la patria de lo único que hay que salvarla, que es de los mexicanos, pero canceló por unos años la noción de abolengo y eso fue suficiente para que creyéramos

robustos, felices en la botana de la inmoralidad. Las conflagraciones, sobre todo cuando son confusas como las nuestras, tienen una sola lección: el derecho a la infamia es universal e inalienable y el secreto para la supervivencia está en ejercerlo con medida.

Cuando la mujer regresó al interior de la casa el coronel se sobó la panza con la mano izquierda y extendió la derecha para tomar su vaso. Cada día más guapa, me dijo casi como si le abochornara, antes de dar un trago largo y envidiable.

El teniente coronel Jaramillo era bastante mayor que la Flaca, que a mí me llevaba cinco años. Hablaba siempre cubriéndose la boca y no soltaba prenda hasta que se aseguraba con una mirada nerviosa de que nadie más que su interlocutor escuchara lo que estaba diciendo, aun si de lo que hablaba era del cartel de la próxima corrida de toros. Tenía verrugas y buen trato a pesar de su fondo ladino: se había refinado a trancos entre la Escuela Normal a la que asistió de joven y la parte de las corruptelas de la elite revolucionaria que le tocó presidir con inteligencia.

Suave y generoso con los viejos conocidos, tímido y torpe con los nuevos y feroz contra todos a la hora de los negocios, su origen era más bien opaco: antes de la Revolución los Jaramillo no tenían fama. En el campo no hay ricos y pobres como en la ciudad, hay gente con tierra, sin tierra e indios. Los Jaramillo eran sin tierra y el teniente coronel desde muy joven pintó para trepador.

Mi primer recuerdo de él viene de los años en que una débil corriente del marasmo revolucionario que arrasaba al resto del país se las arregló para cruzar el oleaje mineral de la sierra, que nos mantenía aislados cocinándonos lentamente en el caldo grueso de nuestra propia pudrición. Yo debía tener unos doce o trece años, porque ya llevaba encima las responsabilidades de hermano mayor: mi madre —a

quien todos llamaban «las Villaseñor» porque su marido le hablaba en plural— se había ido de regreso a la ciudad desde que se sospechó que no íbamos a quedar libres de insurgentes y yo me había encargado de mantener a raya a los niños en lo que pasaba la tormenta. Andrés, el mayor de los hermanos, se fue con ella no en plan de varón de guardia, como habría sido natural, sino en el de marciano de compañía. Ambos eran rarísimos e inseparables.

Mi padre nunca dejó de atribuirle precisamente al teniente coronel que hayamos sabido sobrellevar la derrota de clase que implicó dejar de ser amos de rancho. La bola de la Revolución pasó sobre nosotros igual que sobre todos los demás, pero conservamos la dignidad, nuestra salud, la vida de todos los miembros de la familia y a lo mejor hasta más dinero del que nuestras tierras valían realmente: fuimos los únicos indemnizados con holgura por el gobierno de facto que el autonombrado general Antón Cisniegas instaló en Autlán por esos días.

Las Villaseñor, que nunca vio a un rebelde de cerca —cuatrocientos años de ignorancia, brutalidad y hambre concentrados en un dedo índice que encontró frente a sí el derecho a apretar el gatillo—, siempre atribuyó nuestra supervivencia a que por ser los más ricos fuimos los primeros con que negociaron: después de comprarnos El Limoncito, decía mi madre, se les acabó el dinero que se habían robado en Sayula.

Yo estoy cierto de que el teniente coronel le habló a su superior bien de nosotros: mi padre lo trataba con una distancia digna y rara no porque fuera un hombre que mereciera alguna consideración particular, sino porque así trataba a todo el mundo; los Brumell somos una tribu demasiado acomplejada para la prepotencia. O lo fuimos, porque ya los godos y las vikingas —mis hijos— se creen paridos por unos dioses de los que yo no me acuerdo.

LONGINOS REACCIONÓ CON un gesto de satisfacción, casi una sonrisa, al confirmar que las áreas comunes de la casa seguían desiertas. Cerró con cuidado la puerta de su habitación y caminó por el pasillo con tanta ligereza como podía hacerlo un hombre de su edad, los dos zapatos colgando de su mano derecha por la parte interior de los dedos índice y cordial. Cuando llegó a la escalera se los cambió a la izquierda para prenderse cuidadosamente del barandal y bajó lento pero con ritmo sostenido la escalera de lujo immoral que Isabel Urbina, su esposa, se había obstinado en mandar levantar en el mero centro de la casa hacía más de cincuenta años.

La Paloma –así se llamaba la mansión– había sido el regalo de bodas de sus suegros, los Urbina del Guardo, que le habían cedido a la hija la propiedad con la intención de que nunca tuviera que vivir en la ciudad de México, donde Longinos conservaba, para los tiempos de la boda, el legado de una juventud de millonario: la parte alta de un caserón decimonónico en el que tenía un despacho y un departamento repletos de historias pobres en decoro.

A Isabel le complació la mansión que le regalaron sus

padres, pero le pareció que vivir en una casa con escaleras empinadas y de azulejo no estaba a la altura de sus aspiraciones, por lo que le partió los ejes con una escalinata de mármol más propia del salón de baile de un Club de Rotarios que de la sobria casona –antiguamente de campo– a la que se mudaron una vez que volvieron de su viaje de bodas al pueblo de Barra de Navidad.

Si no hubiera sido tan inocente como lo era en la hora fatal de aceptar el anillo que Longinos le extendió en el altar mayor del Expiatorio, Isabel habría cancelado el matrimonio en la misma Barra de Navidad antes de que se llevara su virginidad. O hubiera asumido en olor a santidad que se había casado con un cabrón de primera línea al que sólo había que cambiarle una vez al mes el saco de lavanda del cajón de las camisas para que se pudiera comer el mundo rapidito y a dentelladas. Pero no lo hizo: entregó el tesoro crudo de su sexo la primera noche en que Longinos llegó sobrio a cenar a la casa de playa sin entender que a hombres como él no se les pregunta nada. No hay que casarse con ellos, pero si una ya cometió ese error, lo que resta es encontrarle el gusto a ser el lugarteniente de un tigre y la madre de una manada de perros; dejarse cubrir de joyas y moverse por el mundo con grasa de dueña de burdel, maniobrar a las criadas, los invitados, el resto de los padres de familia como las tropas que en realidad quieren ser; tener amantes y ser para ellos la loba más hambrienta porque tarde o temprano van a amanecer con un tiro en la nuca y la nobleza en la boca. Pero Isabel ni sabía de eso ni tenía cómo saberlo, así que esa noche o alguna de las que le siguieron quedó preñada del cuerpo y descompuesta del alma: se creyó capaz de levantar una vida convencional al lado de Longinos y al convencerse de ello destapó para sí el frasco de la amargura y lo condenó a él a una medianía que

nunca había aparecido en los cálculos vitales de ninguno de los dos. Ambos perdieron.

Longinos se recargó en la Victoria de cobre que coronaba el pomo del barandal a recuperar el aliento. Llevaba más de cincuenta años aborreciendo la escultura, pero nunca se atrevió a demandar su remoción. Luego se sentó en el segundo peldaño —el oído atento a cualquier ruido que viniera de la planta alta— para ponerse los mocasines.

Confirmó que el único sonido en el entorno era el rumor de la cocinera y la criada afanadas en el desayuno y pensó que con suerte podía comerse un par de sopecitos antes de que Isabel se acabara la paz de la mañana con el estruendo de sus pulseras y el insoportable olor a tinte de su melena recién lavada.

La cocinera y la criada lo trataron con la dulce reverencia de costumbre. Aunque Longinos nunca había cruzado con ellas más palabras que las necesarias, los tres vivían en una compleja red tramada por los hilos de la dependencia y el odio a Isabel, de quien se sentían víctimas en distintos grados: las sirvientas la veían como a una tirana sin escrúpulos y el viejo como la áspera cruz que tendría que cargar hasta el último día de su vida, no sabía si por pasado de listo, por medroso o por pendejo.

¿Le sirvo su café?, preguntó la cocinera, que ya tenía dispuesto el desayuno sobre un mantel individual con platos y cubiertos. ¿Si no cuándo?, respondió Longinos, que sin darse cuenta se iba apoyando en los respaldos de las sillas del desayunador para alcanzar su servicio; el aliento ya recuperado, pero la base de la espalda tensa por el esfuerzo de bajar las escaleras en calcetines.

La cocinera puso la taza y un plato de fruta sobre el individual y le avisó que echaba los sopes a la sartén en ese momento. La criada, que no tendría más de veinte años,

sacaba platos de las gavetas para llevarlos al comedor. ¿Vienen a desayunar los godos?, preguntó el viejo, mirando a la muchacha con un resto de lascivia que se parecía más a la gratitud que al deseo. Es miércoles, así que llegan en un ratito, le respondió la cocinera. Entonces póngame un poco de leche en el café para irlo enfriando. Le sirvieron los sopos.

A pesar de que hacía décadas que en La Paloma sólo habitaban formalmente Isabel, Longinos y las sirvientas, la casa mantenía intacta su vitalidad gracias a las visitas constantes de la multitud de hijos e hijas que habían sido gestados, paridos y criados bajo sus techos.

La cocinera puso una canasta con un par de croissants a un lado del plato del viejo, que se estaba pasando los sopos a una velocidad inconsistente con las agonías de su sistema digestivo. Después de empujarse el último pedazo de comida, se limpió con la servilleta y pidió que le pasaran de una vez las *tums* porque la salsa había quedado bravísima. Luego atacó los panes.

Apenas había arrancado uno de los extremos del primer croissant para hundirlo en su taza cuando escuchó el golpe de los tacones de Isabel en la duela del pasillo del primer piso. Lo remojó con prisa, se lo metió a la boca y se tragó el resto licuado en una serie de sorbos ruidosos y concisos. Puso la taza boca abajo sobre el plato y se dirigió tan rápido como podía a la puerta que daba al jardín.

La criada ya lo estaba esperando en el umbral con el saco y el bastón colgando del brazo izquierdo y un puño de medicinas —al que se habían agregado de última hora y a la carrera un par de antiácidos— en la mano derecha. Isabel había notado, tiempo atrás, que Longinos sólo se tomaba los medicamentos si los anidaba antes la palma de una mano joven, de modo que había delegado ese trabajo en la empleada de limpieza.

A diferencia de otros días, en los que buscaba delicadamente con la lengua el resto de sal que el sudor de la sirvienta hubiera dejado en las pastillas, el viejo se las pasó de tres en tres y se lanzó al exterior poniéndose el saco y pasándose el bastón de mano a mano sin dejar de caminar. Sabía que si se encontraba a Félix en el camino, le iba a pedir que se quedara, y si de algo estaba consciente era de que nunca había sido capaz de desairarlo. El problema no era que le gustara o no hablar con su hijo, sino la falta de nicotina.

Avanzó en línea recta por el borde de piedra que separaba la cochera del jardín en dirección a la puerta metálica de servicio que ningún miembro de la familia, salvo él, utilizó jamás. Antes de virar a la izquierda para alcanzar el umbral de su liberación, bajó los dos peldaños que lo separaban de la cochera y, tomándose con ambas manos del cofre del Ford Falcon azul oscuro, se agachó lenta y dolorosamente. Una vez al nivel del suelo enroscó los dedos de la mano derecha en el filo de la defensa y con la izquierda jaló de detrás de una de las llantas desinfladas una lata de galletas danesas. Agachado como estaba, en parte para no tener que encorvarse dos veces y en parte para mantenerse oculto a la curiosidad de los habitantes de la cocina, abrió la lata —tenía las uñas quebradizas y los dedos levemente inflamados por la artritis— y sacó una bolsa de polietileno cerrada con una liga. La zafó y extrajo con un gusto infantil los restos arrugados de un paquete de Delicados sin filtro. Adentro ya sólo quedaban dos cajetillas, de modo que planeó resurtirse en la miscelánea al regreso de su paseo. Se metió la penúltima de sus raciones de cigarrillos en el interior del saco y cerró la bolsa, le puso la liga, la metió en la lata y la empujó de vuelta tras la llanta.

Estaba contando hasta tres para emprender el esfuerzo supremo de cada mañana —volver a la vertical— cuando es-

cuchó el rugido del coche de un millón de cilindros de Félix estacionándose afuera de su casa. Se quedó como estaba, prendido del cofre, y vio a través de la reja de la puerta principal al mayor y el menor de los godos bajándose del automóvil, hablando entre sí. Ambos bien peinados y arreglados dentro de sus trajes azules y sin chiste de abogado.

A pesar de los más de quince años —repletos de vikingas— de diferencia entre uno y otro, los hermanos eran intensamente parecidos: casi ofensivos de tamaño hacia arriba y hacia los lados; lentos e irónicos, ambos pegaban la barbilla al cuello para mirar de frente, como si para enfocar necesitaran hacerlo por una rendija —el gesto insignia de los Brumell Villaseñor, aun si ellos se apellidaban Brumell Urbina.

A partir de que Octavio —el chico— creció hasta alcanzar la talla inesperada de su hermano mayor, la forma más segura de diferenciarlos estribaba en atender a su peinado: Félix con la raya a su izquierda y Octavio a la derecha. Juntos de pie eran una fruta en el espejo. Llevaban entre sí una buena relación, más de conocidos que de hermanos, porque habían sido los únicos varones, por la cantidad de años que separaban sus nacimientos y porque su extraordinaria similitud física hacia afuera era una distancia infinita hacia adentro: Félix era el más Brumell de su camada —acaso el único de los niños al que Longinos había llegado a conocer— y Octavio el más Urbina.

Siempre que los veía así, ajuareados para enfrentar un día, se acordaba de la extrañeza que le despertaban cuando, siendo todos niños, se ponían en una fila larguísima delante de él —a veces le pasaba con las vikingas que no tenía claro cuál era cuál— para que les concediera la bendición antes de irse a la escuela. Era la parte más rara de sus días de padre rico en Guadalajara: doblaba cuidadosamente la hoja

de *El Informador* que había estado fingiendo leer para no tener que hablar con Isabel y les iba haciendo la señal de la cruz en la frente desde la santidad de su bata. Ellos le besaban la mano, tal como había hecho él con su padre en su remota infancia y seguramente como su padre hizo con el suyo ya en el periodo en el que el siglo XIX se revuelve. Cuando terminaba el ritual, incómodamente largo, ya no tenía ganas de seguir con la pantomima de la lectura, por lo que le daba las gracias a quien le hubiera servido, se levantaba y se metía al baño a tallarse con vigor y sin culpa la mano tan besada. Luego se aliñaba con tanto cuidado como fuera necesario para que al salir Isabel ya se hubiera ido a cualquiera de las funciones sociales que atiborraban su agenda.

En cuanto los godos salieron de su rango de visión para dirigirse a la puerta principal de La Paloma, volvió a contar hasta tres y dio el estirón. Oyó el lento rechinido de los huesos de su cadera. El sonido, casi un clamor, era la única evidencia más o menos cuantificable del inmenso trabajo que le tomaba diariamente a su espalda volver a una posición erecta. Jalaba y el resto de su cuerpo entraba en un trance felino en el que los ojos se le llenaban de luz y las cavernas del sistema nervioso de un placer cercano al orgasmo que se iba dilatando hasta transformarse en el dolor feroz de un desgarrón de todos los músculos que hay entre los omóplatos y las nalgas. En los instantes justo anteriores a la derrengación de su espalda, repetía para sí las palabras que le había escuchado a su hermano Andrés después de inyectarse una ampolleta de morfina: la lucidez, la lucidez, la lucidez. Se las había escuchado en la única ocasión en que lo admitió en su palacio dracúleo de la ciudad de México, ya en el umbral de la muerte.

Era tan intenso y tan brutal el acto de levantarse del

suelo, que Longinos organizaba sus actividades diarias de modo que le diera tiempo de fumarse los dieciocho Delicados de la cajetilla antes de volver a casa, para no tener que agacharse de nuevo para guardarlos.

Tomó su bastón, se dio una nerviosa media vuelta, confirmó que no había nadie en la ventana de la cocina, se palpó la cajetilla de Delicados en la bolsa interior del saco y se lanzó hacia la puerta exterior del jardín. Al alcanzarla se metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó un juego de llaves y lo sacudió nerviosamente hasta dar con la que descorría el cerrojo. La metió, le dio vuelta y, apoyándose con un hombro en el metal, jaló con la otra el pasador —el bastón atorado en el sobaco. La puerta cedió con un rechido que hubiera preferido que no existiera, pero que no importaba realmente porque sabía que una vez fuera de la casa ya nadie trataría de retenerlo.

Salió y al darse la media vuelta para cerrar tras de sí notó que Félix lo miraba con un sentimiento entre la piedad y la nostalgia desde la ventana del comedor, hablando con Isabel, que o no lo veía, o no lo quería ver, o ya se había acostumbrado a no verlo. Cerró.